

El terremoto de Yungay

Memoria, catástrofe, reconstrucción*

El terremoto del 31 de mayo de 1970 fue probablemente uno de los más violentos y destructivos del Perú del siglo XX. Nosotros ya vivíamos en Lima y en esos instantes nos encontrábamos en un departamento familiar ya antes mencionado, en el cuarto piso de un edificio de la Av. La Marina. A las 3:23 de la tarde de ese día domingo comenzó el terremoto, el remezón fue intenso y prolongado, acompañado del ruido estremecedor que produce el movimiento de la tierra y de todo lo que hay sobre la superficie. En las siguientes horas Lima estaba desconcertada y paralizada. Los que podían sintonizar comunicaciones radiales recibían información de que el terremoto había remecido principalmente la parte central del país, desde la costa hasta la selva, y que los más afectados serían la zona norte de Lima y el departamento de Ancash. Al día siguiente, lunes, las radioemisoras decían que ciudades de la costa como Supe, Barranca, Pativilca, Paramonga, Huarmey, Casma y Chimbote, habían sido reducidas a escombros y que otras ciudades de la

* Esta tercera parte fue originalmente preparada por el autor para participar en el Ciclo de Conferencias *Los Inmensos Terremotos del Perú*, bajo el título *"El terremoto de Yungay: memoria y catástrofe"*, organizado por el Centro Cultural Inca Garcilaso del Ministerio de Relaciones Exteriores. En nuestra conferencia realizada el 14 de octubre de 2010, algunos pasajes de este texto fueron ilustrados con la proyección de una serie de imágenes de antes y después del 31 de mayo de 1970.

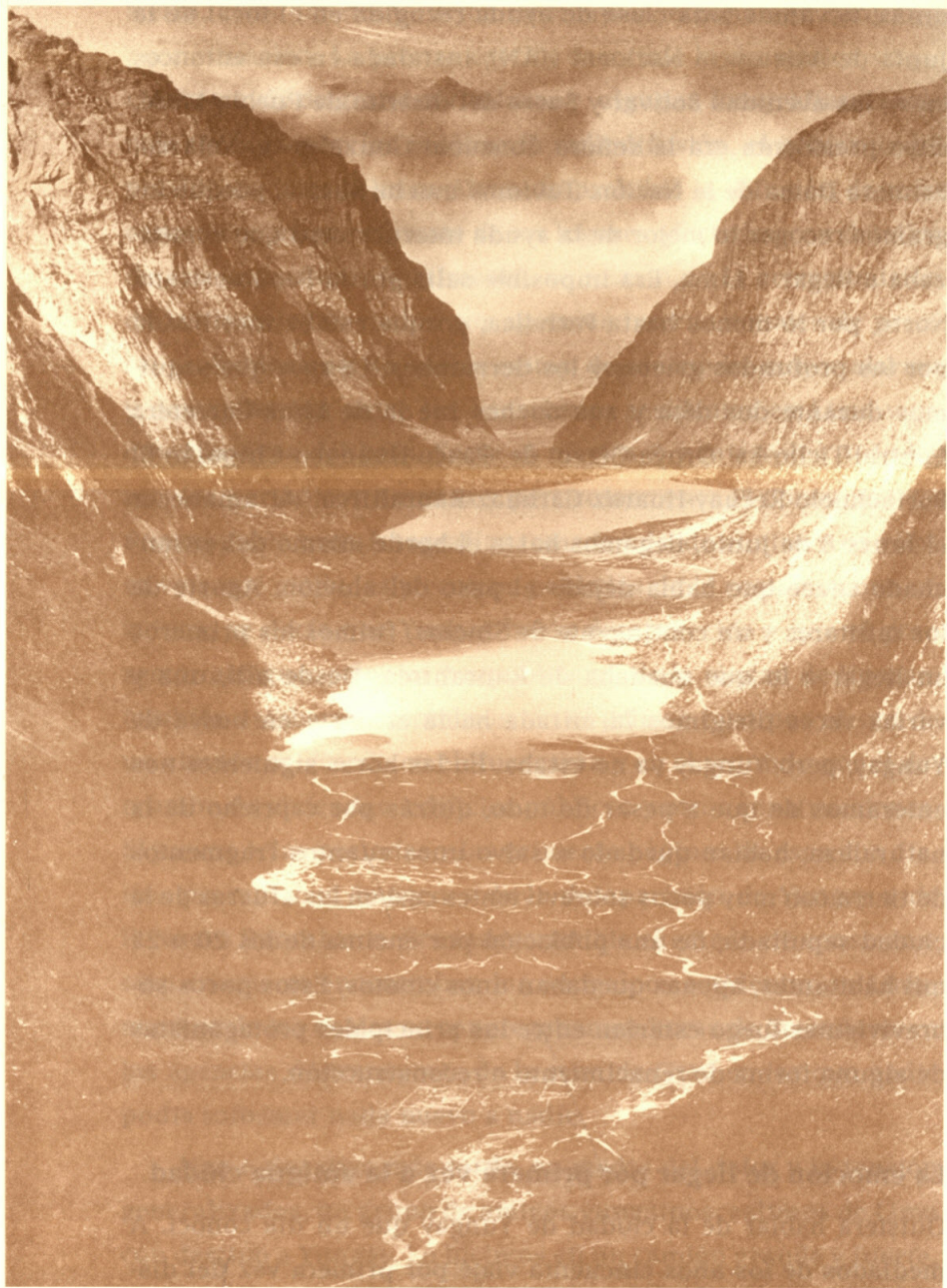
sierra, como las del Callejón de Huaylas, estarían en similar o peor situación. La prensa escrita describía la dramática situación a través de grandes titulares y algunas fotografías. Horas más tarde, según los medios de radiodifusión, el gobierno del presidente Juan Velasco Alvarado prohibió la difusión de toda comunicación proveniente de los lugares afectados con detalles de esa naturaleza. Igualmente, se restringió la retransmisión de las noticias enviadas por agencias internacionales de prensa; probablemente se quería evitar, de ese modo, mayor alarma y desesperación entre los ancashinos residentes en Lima y en otros lugares del país. Entre el martes 2 y miércoles 3 de junio, los periódicos limeños y particularmente *El Comercio* y *La Prensa* publicaron fotografías tomadas desde el aire y en ellas se veía que ciudades y centros poblados de la costa estaban en ruinas; se decía que Yungay había desaparecido y que el gran sector antiguo, colonial y republicano, de la ciudad de Huaraz, también estaba en escombros; en el primer caso por efecto de un aluvión originado en el Huascarán y en el segundo por el derrumbe de viviendas, edificios públicos y otras construcciones. El jueves 4, las portadas y las primeras páginas de esos dos diarios presentaban imágenes de la desaparición de Yungay y de la Nueva Ranrahirca. Era indescriptible el estado de consternación en que se encontraban los yungaínos residentes en Lima, muchos de los cuales se congregaban en horas de la mañana en las agencias de transporte de la avenida Grau en las que nadie podía informar nada nuevo a nadie.

Uno o dos días más tarde, en medio del dolor y la tensión generalizados, un grupo de amigos yungaínos, salimos de Lima con destino a Yungay. Lo hicimos en un camión grande y fuerte, cuyo chofer y también propietario era un huancaíno, jaujino o tarmeño muy experimentado en viajes por las carreteras an-

dinas; llevamos toda clase de ayuda recogida en el local de la Junta de Asistencia Nacional (JAN), instalada en ese entonces entre las avenidas Bolívar y Sucre del distrito de Pueblo Libre, cuya presidenta era la señora Consuelo Gonzales de Velasco, Primera Dama de la Nación. Tuvimos mucha suerte, porque logramos recoger lo mejor de la ayuda internacional que comenzaba a llegar a Lima. Era imposible salir por la Panamericana Norte, por lo menos hasta Pativilca, porque estaba inutilizada por las profundas grietas y los derrumbes. La ruta que seguimos durante dos días y sus noches fue la de Lima-Carretera Central-Ticlio-La Oroya-Cerro de Pasco-Huánueo-Chiquián-El Portachuelo-Recuay-Huaraz-Carhuaz-Ranrahirca. Al amanecer el lunes 8 de junio, llegamos hasta el borde mismo del ensanchado cauce que había dejado el paso del aluvión. Aparte de los militares y un contingente de Sinchis, fuimos los primeros en llegar a lo que quedaba de Ranrahirca. Desde allí, una y varias veces dirigimos la mirada hacia el norte en busca de Yungay, pero Yungay ya no estaba. En las horas siguientes nos enteramos de que a pesar de todo, quizás por capricho de la naturaleza, habían quedado a salvo unos cuantos fragmentos de tierra con muy pocos sobrevivientes casi en las afueras de la ciudad sepultada; de una población por encima de los 20 o 22 mil habitantes, apenas quedaban unos cientos. Estos pocos sobrevivientes luego estarían entre los principales protagonistas de alguna forma de renacimiento o reconstrucción.

La emoción de llegar por primera vez a la antigua ciudad

Quisiera hablar de la ciudad de Yungay que un día conocí. A mediados de los años cincuenta viajé por primera vez del distrito de Yanama a la ciudad de Yungay, capital de la provincia



Las lagunas de Llanganuco vistas desde las alturas de Huishcash (Foto Hans Kinzl y Erwin Schneider, *Cordillera Blanca*. Innsbruck, 1950: p. 115).

del mismo nombre, es decir, viajé desde la región de Conchucos hasta una ciudad del Callejón de Huaylas. Fui llevado por un tío mío, don Marcial Quijano Vega, hermano de mi madre, a quien yo le decía papá porque lo era realmente. Fue mi primer largo viaje a caballo, cubriendo durante diez o más horas una distancia de sesenta kilómetros, con solo un breve descanso más o menos a medio camino; descansamos en las inmediaciones del río Angush, casi al terminar la complicada bajada o descenso desde los 4 mil 800 metros de altura (sobre el nivel del mar) que tiene el Portachuelo o "La Punta" y a poco de ingresar por camino casi llano a la pampa de Yuraj Corral, para luego bordear una tras otra las dos lagunas de Llanganuco, solo separadas entre sí por una pampa menor llamada Chaupiccocha. Yo ya las había visto a la distancia al descender por Huishcash mucho antes de llegar a Angush y ahora las contemplaría de muy cerca. Los dos jinetes comimos de nuestro fiambre y tomamos café caliente que había en nuestro termo cuidadosamente transportado; mientras tanto, los caballos liberados de los frenos y del peso de las alforjas, ramoneaban el pasto y algunas otras yerbas de la puna.

También veríamos el curso de las aguas con destino a dichas lagunas y más allá de ellas. Las cristalinas aguas que lleva el río Angush, desde hace miles o millones de años, provenientes del deshielo del monte norte del Huascarán, se juntan casi al ingresar a la pampa de Yuraj Corral con otras que provienen de las alturas de Demanda, y alimentan sin descanso la primera laguna de Llanganuco (Orcco Cocha), de donde salen las aguas que a su vez alimentarán la segunda laguna (Warmi Cocha). Luego, el río que ininterrumpidamente sale de ésta, recorre una larga y profunda quebrada recibiendo pequeños afluentes también de origen glaciar, aunque provenientes básicamente del monte sur del Huascarán, hasta llegar al Callejón de Huaylas y